

LA PLAGA⁽¹⁾

Por Alberto Lleras

Cualquier cosa que se diga sobre la contaminación, sobre la extensión alarmante de las enfermedades venéreas, sobre cualquiera otra de las amenazas del mundo contemporáneo, ninguna de ellas es más voraz, ni ha crecido tanto en tan poco tiempo como la burocracia. La única predicción sería sobre los desastres que amagan al planeta para el año 2000 es que para entonces estará dominado de tal manera por la burocracia, que no podrá ya librarse de ella. Lo cual implica simplemente que un número muy grande de habitantes de la Tierra tendrá que trabajar para el grupo selecto de burócratas. Es cierto que tendrán toda clase de prestaciones sociales, garantías, ventajas y prelación en los gastos públicos para ellos y sus familias, y ningún estímulo para trabajar más que los demás o por los intereses ajenos que les están confiados, porque desde que entren a formar parte de la burocracia internacional, regional, nacional o municipal tendrán derecho a jubilación prematura y a pensiones para ellos, sus viudas y sus hijos, por cuenta de los contribuyentes, si se trata del Estado, de las corporaciones, si se trata de la empresa privada. El propósito de vivir lo mejor posible del dinero de los demás se está cumpliendo rigurosamente. Ya algunos países han quebrado bajo los lemas de la seguridad social, del empleado, como el Uruguay, pero ningún burócrata se ha desanimado por ello. Las asambleas, cámaras y asambleas de accionistas aprueban con entusiasmo más prestaciones y mayor extensión de ellas, porque se trata de un movimiento recíproco que llega fácilmente a los más altos funcionarios, que abarca a los miembros de la llamada representación popular y que acabará por cubrir a todos los dependientes de cualquiera de las ramas del poder público o de la empresa privada.

Además, desde el comienzo de este siglo nadie ha votado en contra de la extensión de cualquiera de los servicios que se dan con generosa mano a los burócratas, así se trate de vacaciones en las playas, de becas para perfeccionar sus conocimientos, de auxilios de marcha a cualquier país extranjero, de lotes en cementerios, de entierros de primera clase, o de la incorporación de seres extraños y hostiles a la familias como las concubinas, dentro de los servicios del seguro social. Una vez inventada una prestación, se adopta automáticamente por todos los institutos del Estado, y los agentes oficiosos de las organizaciones internacionales los extienden a todos los países de las Naciones Unidas, vertiginosamente, al paso que las empresas privadas se ven forzadas, por sus sindicatos, a no quedarse atrás. Millones de abogados laboristas trabajan activamente para que esas prestaciones se hagan efectivas inmediatamente, y no hay riesgo de que este tipo de leyes se queden, como tantas otras benéficas para la humanidad, escritas, pero sin que se intente, por años enteros, su aplicación. Todo el mundo parece ir en el mismo barco remando furiosamente en la misma dirección. Los contribuyentes, los consumidores, los que no tienen el privilegio de ser dependientes de alguien, pagan, en silencio y sin darse mucha cuenta, el modo de vivir mejor que ha encontrado la burocracia, sin los afanes, los riesgos y la inseguridad propia de la masa general. El Estado, naturalmente, a quien los costos de personal se le han hecho casi imposibles, sigue aumentando los impuestos, que los burócratas devoran inmediatamente. La burocracia civil, militar, los expertos y los simples funcionarios sin título ni especialización son cada día más costosos. La gente piensa, tal vez

por contraste con el fardo que sobrelleva, que los servicios son cada día peores, pero esto puede ser una exageración. Lo que sí es cierto es que jamás hubo tantos empleados públicos, de todo orden, ni que se pagaron tantas y tan diversas prestaciones al funcionarismo. Esa implacable maquinaria se está comiendo los esfuerzos que podría realizar y antes realizó el Estado en todos los campos. El Estado apenas se puede mover bajo ese peso. Y todo el mecanismo se repite en las organizaciones internacionales, cada día más amplias, más ambiciosas y más pobladas por gentes que exigen un sistema de vida excepcional, carísimo, para ellos y los suyos, que viven como diplomáticos, rodeados de privilegios e inmunidades y que trabajan con la irregularidad de diplomáticos obligados a vivir en malos climas y países aburridos. El sueño de la clase media es la burocracia, y ha logrado hacerla, si no grata, al menos muy soportable, y excepcional en cada país, si se tienen en cuenta las condiciones ambientales. Para mantener el *status* de los burócratas trabajan una parte humilde de la población y la más rica, con idéntica consagración. La burocracia crece cada día más. Los sindicatos de trabajadores se convierten en otra burocracia no menos ambiciosa. Los parlamentarios del mundo entero se reúnen e intercambian las ventajas que podrían obtener al asimilarse a burócratas, y sin entrar a trabajar empeñosamente, participan de las jubilaciones, pensiones y cesantías por haber trabajado, todas aglomeradas prematuramente después de pocos años de antigüedad en el oficio.

No. No es la bomba atómica, ni la polución, ni siquiera la superpoblación, la mayor plaga de nuestro tiempo. Sino la burocracia internacional, nacional, seccional, municipal, de empresa pública o privada que no es menos absorbente en los países comunistas que en el llamado mundo libre de Occidente. A ella le pertenecemos. A ella le pertenece el Estado. A ella la gran empresa privada, que copia su organización por la del Estado. Y lo que se ve venir es su perfeccionamiento y no su eliminación. La técnica no hace sino darle armas para estabilizarse y extenderse. Con los computadores ha dado un salto prodigioso. Las máquinas no son para eliminar empleos como se creía en el siglo anterior, sino para crearlos a montones. El burócrata se reproduce, apenas se organiza. Necesita siempre dos ayudantes y una secretaria. Y todos ingresan a ese mundo fácil, seguro, que va de la cuna al sepulcro, pasando por la precoz jubilación. Como todas las castas, ésta es abominable, antipática, y trata a quienes tienen que acudir a ella, con arrogancia y malas maneras. No es su culpa, sino su instinto de casta.

(1) Reproducido con autorización de la Revista Visión, número correspondiente al 15 de febrero de 1976